UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00019819680

EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA

ASPECTO FÍSICO Y ORÍGENES ETNICOS DE VENEZUELA

POR EL

DR. ALFREDO JAHN

CONFERENCIA DICTADA EN EL CASINO MUNICIPAL DE LA EXPOSICIÓN

EL DÍA 27 DE OCTUBRE DE 1929

CON MOTIVO DE LA

SEMANA DE VENEZUELA

SEVILLA

1929

EXPOSICION IBERO AMERICANA-SEVILLA-PABELLON DE VENEZUELA

Aspecto Físico y Orígenes Étnicos de Venezuela

F2313
.J34
1929

EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA

ASPECTO FÍSICO Y ORÍGENES ETNICOS DE VENEZUELA

POR EL

DR. ALFREDO JAHN

CONFERENCIA DICTADA EN EL CASINO MUNICIPAL DE LA EXPOSICIÓN
EL DÍA 27 DE OCTUBRE DE 1929
CON MOTIVO DE LA

SEMANA DE VENEZUELA

SEVILLA
1929

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/aspectofsicoyorg00jahn

Excmo. Señor:

Señoras: Señores:

Vengo a ocupar por breves momentos la benévola atención de ustedes para exponeros muy sucintamente, como lo impone la índole de este acto, el aspecto físico de mi país y sus orígenes étnicos.

Describir el aspecto físico de un país equivale a dictar una lección de su Geografía, asunto necesariamente árido; de suerte que, si no resulta mi exposición amena y atractiva, como tal vez lo esperáis, debido será al tema que me he impuesto. A manera de disculpa recordaré las palabras con que un profesor alemán de mecánica aplicada, padre de una niña tan inteligente como poco agraciada, solía inaugurar su curso anual: «señores, decía, a la mecánica aplicada le acontece lo que a mi hija: no es bonita, pero muy interesante». Espero, pues, que ya que mis palabras habrán de resultar desprovistas de belleza, como la niña del profesor, al menos logren despertar en ustedes algún interés por mi país, que tanta semejanza tiene, en su cielo y en su clima, con esta hermosa tierra de Andalucía, de la que ha heredado habla y costumbres y sobre todo la belleza y gracia de sus incomparables mujeres.

Venezuela fué la primera porción de Tierra Firme avistada por Colón el día 1.º de agosto de 1498, en

ocasión de su tercer viaje y fué en el sitio de Macuro, de su litoral, donde por vez primera pisó el Nuevo Continente, que abandonó en seguida para dirigirse a la naciente colonia de La Española y descubrir, de paso, nuestra Isla de Margarita. Aunque la configuración de la costa en su continuación al Oeste y al Sureste y el gran volumen de aguas dulces que el Orinoco y el Guarapiche vierten en el Golfo de Paria, hicieron nacer en el ánimo del Almirante la sospecha de hallarse en presencia de un Continente, que él creyó ser el de Asia, no fué sino un año más tarde que su Teniente Alonso de Ojeda, en compañia del piloto Juan de la Cosa y del mercader Américo Vespucio, prosiguió el descubrimiento de la costa septentrional de Venezuela hasta el Cabo de la Vela, en la Península de Guajira.

Goza Venezuela de una posición privilegiada, a orillas del mar Caribe, en el extremo Norte de la América del Sur y es así, entre los países de nuestro Continente meridional, el más próximo a Europa, cuna de la cultura occidental y a los Estados Unidos de Norte América, moderno gigante industrial de abrumadora riqueza. Las vías que de estos dos centros conducen a las florecientes Repúblicas del Pacífico, por el Canal de Panamá pasan, por decirlo así, *por la puerta de nuestra casa* y huelga deciros cuantas ventajas pueden de ello derivarse para nuestro país.

Tiene Venezuela una superficie de 912.000 kilómetros cuadrados y son sus vecinos por el Poniente su hermana Colombia, por el Sur los Estados Unidos del Brasil y por el Naciente la Guayana británica.

Las fuerzas internas y las contráctiles, resultantes del enfriamiento de nuestro globo, plegaron la corteza terrestre en la parte meridional del Continente americano, siguiendo una línea que se dirige más o menos de Sur a Norte, desde la Tierra de Fuego hasta Colombia y que, si se quiere, se

prolonga más aún al Norte por Centro América hasta Méjico. Este gran pliegue es lo que en la América del Sur constituye la Cordillera de los Andes y viene a ser como su espinazo, sustentador de toda la estructura orográfica del Continente meridional.

La Cordillera de los Andes se compone en general de dos cadenas paralelas que encierran entre sí valles longitudinales con amplias altiplanicies, elevadas entre los 2.600 y 3.800 metros sobre el nivel del mar, que albergan lagos famosos como el Titacaca y centros poblados como Cuzco la Paz, Quito y Bogotá, donde tuvieron sus asientos los Incas y los Chibchas, naciones precolombinas de una cultura bastante avanzada. La cadena oriental se bifurca en Colombia, en el Nudo de Pamplona, y en tanto que la rama septentrional forma las montañas de Ocaña y Perijá, que nos separan de la vecina República hermana, la otra rama se inclina al Noreste y sucesivamente al Este, formando así un arco que en su última parte se extiende a lo largo de la costa del mar Caribe para concluir finalmente en el extremo oriental de Venezuela. Geológicamente no pueden ni deben considerarse las montañas de este último tramo, a lo largo de la costa venezolana, como una prolongación del sistema de los Andes y si lo he hecho así, es sólo en el sentido orográfico, sin tener en cuenta las épocas en que se verificaron sus respectivos levantamientos.

La rama arqueada, que se halla en territorio venezolano, circunscribe la placa arcaica que sirve de basamento a las montañas de nuestra Guayana y ambas determinan la hidrografía del país y naturalmente su aspecto físico. La sección occidental de esta rama, o sea la que desde Colombia penetra al Nordeste, es la más potente; tiene una longitud de 450 kilómetros por una anchura de 100 y es esta sección la que en Venezuela se designa con el

nombre de los Andes. Su cima más elevada, que lo es a la vez de toda Venezuela, se halla más o menos en el centro de su trayecto, en la Sierra Nevada de Mérida y mide 5.002 metros de altura sobre el nivel del mar. Algunas otras cimas de la misma Sierra de Mérida alcanzan alturas que varían entre 4.750 y 4.950 metros, se hallan cubiertas de nieves perpetuas y hasta albergan en sus depresiones pequeños glaciares, del todo semejantes a los que he tenido ocasión de recorrer en los Altos Pirineos.

Cerca de la ciudad de Barquisimeto comienza la prolongación oriental de las montañas que forman el arco y que, dada su mayor edad geológica, son consideradas como un sistema aparte, que llamamos Cordillera del Litoral. Esta Cordillera tiene, casi desde su comienzo, dos cadenas paralelas, de las cuales la más septentrional se extiende por espacio de 350 kilómetros a inmediaciones de la costa, hasta sumergirse en el Mar Caribe en el Cabo Codera y la rama meridional, que llamamos Serranía del Interior, termina poco más al Este en el Morro de Unare. La de la costa es la más importante y tiene su cima culminante en el Pico de Naiguatá, de 2.765 metros frente a Caracas, capital de la República. La Serranía del Interior sólo en una cumbre se eleva hasta 1.930 metros; en todo el resto se mantiene entre 1.400 y 1.600 metros de altura. Entre ambas cadenas se hallan dos valles longitudinales; el más occidental derramaba sus aguas en época prehistórica hacia el Orinoco, pero es hoy una cuenca cerrada, es decir, sin desagüe, en cuyo fondo se halla el Lago de Valencia, o Tacarigua, como lo llamaban los aborígenes en lengua caribe. Su superficie es de unos 440 kilómetros cuadrados y su altura sobre el mar de 410 metros, valores que se asemejan un poco a los del Lago de Ginebra en Suiza. El otro valle longitudinal, lo recorre en dirección de Oeste

a Este el río Tuy, en una extensión de 244 kilómetros, de los cuales 134 son navegables por pequeñas embarcaciones que transportan los productos agrícolas de aquella rica región, que se designa sencillamente con el nombre de Barloventro y desagua en el Mar Caribe.

El último tramo del arco lo constituye orográficamente una cadena, costanera también, que se levanta a poca distancia de donde desaparece la anterior y aunque de más reciente formación, puede considerarse como su prolongación. También ella termina sumergiéndose en el Mar Caribe en el Golfo de Paria, para reaparecer a poco, formando una pequeña serranía, siempre orientada al Naciente, en la vecina Antilla inglesa de Trinidad. Este tramo oriental de Venezuela culmina con 2.600 metros en la montaña de Turumiquire al Sur de la ciudad Cumaná, en la provincia que en tiempo de la Colonia se llamaba la Nueva Andalucía.

Otro grupo de pequeñas montañas, cuyas mayores cumbres tienen unos 1.500 metros de altura, cubre gran parte del Estado Falcón, o sea la antigua provincia de Coro, y se adhiere a la cordillera del litoral.

Réstanos mencionar el sistema orográfico de nuestras montañas guayanesas, el cual ocupa un área de 365.000 kilómetros cuadrados, entre nuestras fronteras con el Brasil y la Guayana británica, por un lado, y los cursos del Orinoco, Casiquiare y Río Negro por el otro. Está constituído por un conjunto de cumbres y mesetas que forman una irregular sucesión de pequeñas cadenas, las cuales determinan por el Sur el divorcio de las aguas, que alimentan las hoyas del Orinoco y del Amazonas. Estas cadenas y mesetas de areniscas descansan, como ya he dicho, sobre una placa arcaica de granito y gneis. Gran parte de este territorio montañoso permanece aún inexplorado, debido a las dificultades que oponen sus grandes

selvas, escasamente pobladas de indios nómades, que viven en estado primitivo y de los cuales algunas tribus son hostiles a los blancos. Por lo que algunos exploradores alemanes e ingleses nos han dado a conocer, parece que todo el sistema culmina al Oeste en la Montaña de Maraguaca de 3.200 metros de altura, y en su extremo oriental en la famosa montaña del Roroima de 2.640 metros, la cual forma una meseta de 10 ó más kilómetros de extensión, con flancos cortados a pico, por donde los desagües de sus lagunas superiores, alimentadas por abundantes lluvias tropicales, se precipitan en hermosas cascadas, orígenes de varios importantes ríos tributarios del Orinoco, del Amazonas y del Esequibo, lo que le ha valido a la montaña que los indios, que habitan a sus pies, la llamen en sus cantos «Madre siempre fecunda de los ríos».

El arco que describen las montañas del Norte de Venezuela y sus arrastres diluviales, le han impuesto a nuestro principal río el Orinoco, un curso en forma de arco concéntrico, abierto hacia el Este y recostado sobre la placa arcaica de Guayana. Este río, el tercero en magnitud de América del Sur, tiene una longitud de 2.200 kilómetros, de los cuales son navegables unos 1.800 en dos trayectos iguales, separados por los famosos raudales que Atures y Maipures que ocupan unos 60 kilómetros, interrupción ésta que ha sido recientemente obviada por el Gobierno del General Gómez, mediante una carretera para automóviles que une ambos extremos de la navegación del Alto Orinoco.

Muchos ríos caudalosos y navegables descienden al Orinoco de los Andes de Colombia y Venezuela, como el Guaviare, el Vichada, el Meta, el Arauca y el Apure, que se le hacen tributarios por la banda de la izquierda, en su curso medio y otros menores, que tienen sus orígenes en

las Cordilleras del litoral, como el Portuguesa y el Guárico, lo hacen por vía del Apure. Por el lado derecho le entran al Orinoco ríos importantes en parte también navegables, que nacen en las montañas de Guayana, como el Ventuari, el Sipapo, el Cuchivero, el Caura y el Caroní.

Ofrece el Orinoco una curiosidad hidrográfica, poco frecuente y que es debida a la extratificación horizontal de las rocas arcaicas en que se ha abierto su lecho. Es una bifurcación de su cauce superior a unos 600 kilómetros de su origen. En aquel sitio el Orinoco que ya ha alcanzado un desarrollo considerable, con una anchura media de 500 metros, envía por un brazo de 200 metros de anchura una tercera parte de su propio volumen hacia la cuenca del Amazonas por vía del Río Negro. Este brazo comunicante de dos sistemas fluviales es el Caño Casiquiare, de 300 kilómetros de longitud, descubierto en 1744 por el Padre Manuel Román, Superior de las Misiones Jesuítas del Orinoco. Esta comunicación del Orinoco con el Amazonas permite navegar desde Ciudad Bolívar, en Venezuela, hasta Manaos y Pará, en el Brasil, y si se dirige el viajero por uno de los grandes afluentes meridionales del Amazonas, hasta el Perú y Bolivia. Huelga recalcar cuanta importancia reviste esta red fluvial, con la cual la naturaleza ha dotado nuestro Continente, para el futuro desarrollo de las naciones que ella enlaza.

Otros ríos de menor importancia como el Tuy, que ya he mencionado, el Unare, el Yaracuy y el Tocuyo, todos parcialmente navegables, vierten sus aguas en el Mar Caribe y otros, que descienden de las altas montañas de nuestros Andes, como el Motatán, el Escalante y el Zulia-Catatumbo desaguan en el famoso Lago de Maracaibo, permitiendo a los vapores y pequeñas embarcaciones de éste remontar su curso en cortos trayectos.

He llamado famoso al Lago de Maracaibo, porque en realidad ha tenido una alta resonancia en los últimos tiempos, como el más rico centro productor de petróleo del mundo. Este lago, el mayor de Venezuela, se originó probablemente por un hundimiento concordante con el último levantamiento de nuestra cordillera andina, a fines de la época terciaria. Tiene una superficie de 12.000 kilómetros cuadrados y se comunica con el mar por un canal, en cuya salida las arenas arrastradas por las corrientes marítimas de la costa mantienen una barra de sólo cuatro metros de fondo. En las tierras que circundan al lago y en el fondo mismo de éste, existen inagotables depósitos de petróleo. Su explotación, comenzada hace unos quince años, representa hoy un capital de más de tres mil millones de dólares y con sus diez y seis millones de toneladas de producción anual, nos ha colocado ya en el segundo puesto entre las naciones productoras de petróleo. Si se considera que este centro apenas representa una quinta parte de la zona probablemente petrolífera de Venezuela, se comprenderá la magnitud de la riqueza de nuestro país y las amplias posibilidades de su desarrollo futuro.

Ya hemos visto cómo el Orinoco describe en su curso un arco que dista 500 kilómetros de los Andes colombianos y 250 de las montañas del litoral de Venezuela. La gran extensión de tierras que median entre uno y otras es la que en Venezuela y Colombia se designa con el nombre de Los Llanos y de ellos 290.000 kilómetros cuadrados corresponden a nuestro país y constituyen nuestra gran zona pecuaria que alimenta cerca de dos millones de cabezas de ganado vacuno. Es oportuno recordar que la simiente de nuestra industria ganadera nos vino de Andalucía, pues las primeras reses llevadas a nuestros llanos fueron importadas por Sebastián Rodríguez, de Córdoba.

En la región oriental, nuestros llanos ostentan ligeras ondulaciones de origen erosivo, llamadas *Mesas,* pero en el resto de su extensión semejan un mar bonancible que hace horizonte, donde los pequeños boscajes, llamados *Matas,* interrumpen su monotonía, a manera de islas, y reflejan sus imágenes en la atmósfera reverberante, que a lo lejos se nos antoja líquida, haciéndonos recordar los fenómenos de espejismo de los desiertos africanos.

Escasa población vive en nuestros llanos, como que requiere pocos brazos la industria ganadera, que es la exclusiva de aquella región. Pero nuestros llaneros son hombres, aunque de baja estatura, fornidos y musculados como cuadra a la rudeza de su faena. Constituyen un tipo especial de nuestra población, como lo es el vaquero andaluz y el gaucho de la República Argentina, y como éstos son habilísimos ginetes. Son el producto del cruzamiento de elementos españoles, que en gran parte fueron andaluces, de chispeante vivacidad, y de indias, en cuyo semblante y espíritu se reflejaba la melancólica apatía de la raza subyugada. Por eso se observa en el descendiente poblador de nuestras pampas, aunada a su astucia y chispa, cierta melancolía que se manifiesta en su música y sus cantares. Su caballo lo vale todo para él, aún más que su mujer:

"Mi caballo y mi mujer
se murieron a un tiempo,
al demonio la mujer,
el caballo es lo que siento".

y expresa así su filosofía de la vida:

"El que bebe agua en tapara [1]
y se casa en tierra ajena,
no sabe si el agua es clara,
ni si la mujer es buena."

(1) Llámase en Venezuela tapara la calabaza en que los labriegos llevan su agua.

El clima de Venezuela es salubre, excepto algunas regiones en la orilla Sur del Lago de Maracaibo, las riberas del Orinoco y de sus grandes afluentes y algunos sitios de la costa en que suelen presentarse casos de fiebre palúdica. La temperatura media del año al nivel del mar es de 27 $^1/_2$ centígrados y esta misma es la media de la región central de nuestros llanos, donde en algunos días de agosto, sube el termómetro hasta 34° a la sombra y desciende a 18° al amanecer de los días de enero y febrero. En la región montañosa decrece la temperatura, por razón de la altura, en la proporción de un grado por cada 182 metros de elevación; de suerte que nuestra capital Caracas, que está elevada a 920 metros sobre el mar, goza de un clima ideal, esto es, tiene una temperatura media de 22° la cual llega en la época calurosa a 28° a la sombra y baja en las mañanas de enero y febrero a 9 ó 10 centígrados. Por razón del clima suave de nuestras montañas, es allí donde se ha aglomerado la mayor población del país: en efecto, el Distrito Federal y los Estados Miranda, Aragua, Carabobo, Yaracuy, Lara, Trujillo, Mérida y Táchira, todos situados en el arco montañoso del Norte, son los que presentan mayor densidad de población: 23 habitantes término medio por kilómetro cuadrado. En cambio los llanos sólo cuentan 1 $^1/_2$ habitantes por kilómetro y la Guayana venezolana, de donde, por las razones ya dichas, no tenemos sino cálculos aproximados, apenas sustentan un quinto de habitante por cada kilómetro cuadrado de su territorio. Y no es que no existan en su interior, en los altos valles de sus montañas, tierras feraces con abundancia de agua, dotadas de un clima delicioso que en un porvenir aun lejano serán pobladas por hombres laboriosos de la vieja Europa, a medida que la plétora de estos países los empujen hacia el *Continente*

del porvenir, como alguien ha llamado a la América del Sur. Por supuesto, que antes de comenzar a poblarse la Guayana acudirán los emigrantes europeos a nuestras montañas, especialmente a nuestros Andes, donde aun quedan grandes extensiones de tierras vírgenes, que a su feracidad y a la bondad de su clima unen las ventajas de un fácil transporte.

Nuestras montañas andinas, como ya he dicho, ofrecen todas las gradaciones de altitud y clima que el hombre europeo puede apetecer. Sus estribaciones septentrionales se extienden hasta cerca del Lago de Maracaibo por donde sus productos encuentran fácil y rápida salida para la ciudad de Maracaibo que es hoy un centro consumidor de primer orden, o a las Antillas vecinas y hasta Europa y los Estados Unidos de Norte América. Una magnífica carretera, la llamada *Transandina,* pone en comunicación todas las importantes poblaciones y sus grandes valles longitudinales y a la vez éstos con las capitales de los Estados vecinos. Sus aguas son abundantes y puras y sus tierras, vírgenes aún, convidan al trabajo. Un manto de espesas selvas cubre los flancos de la Cordillera, desde sus pies hasta la altura de 2.500 metros. Allí los grandes árboles, muchos de excelente madera de construcción, ceden gradualmente el terreno a una vegetación más menguada, compuesta de arbustos resinosos, de bellas flores, pertenecientes en su mayoría a las familias de las compuestas, rubiáceas y ericáceas: es la región subalpina de nuestra flora, y la que nuestros campesinos designan con el nombre colectivo de *Páramos.*

Hasta las nieves perpetuas, que se sostienen a partir de los 4.500 metros, se extiende la zona fría de los páramos, con sus bruscos cambios atmosféricos. En los meses de diciembre a febrero el cielo, por lo general,

aparece despejado y un sol radiante baña de luz y calor aquellas alturas. En el resto del año es frecuente que a las primeras horas claras de la mañana sucedan nieblas, que ascendiendo de los valles inferiores, van espesándose hasta oscurecer la atmósfera, poniendo en peligro de extraviarse a los escasos viandantes de las sendas montañosas, y finalmente se condensan en forma de lluvia, granizo o nieve, según la elevación. Y no es raro que momentos después una ráfaga de viento logre romper a trechos las nubes, dejando pasar un rayo de sol, que llena de esperanza al viajero y lleva la alegría a las soledades frías y enhiestas del Páramo.

La mitad inferior de la zona parameña, o sea entre 2.500 y 3.500 metros de elevación, es más hospitalaria. Su temperatura oscila entre 8 y 13 centígrados y es allí donde se producen excelentes trigos, patatas y arvejas y otros frutos menores que el labriego indígena cultiva al lado de sus pequeños rebaños de ganado vacuno y lanar, que le proveen de frescas carnes y abundosa leche.

Si descendemos más aún, es decir, si nos situamos en los valles y laderas cuya elevación no excede de 1.600 metros, hallaremos la zona más intensamente cultivada de nuestra región montañosa. Es allí, entre los 500 y 1.500 metros donde se producen las excelentes clases de cafés suaves de Venezuela, cuyas cosechas anuales alcanzan a un millón de sacos.

Y más abajo aún, en el fondo de los valles, veremos alternar verdes tapices de caña de azúcar, con otros de dorados maizales o con los verde-oscuros algodonales; y finalmente, al acercarnos a las costas del mar, en la zona cálido-húmeda del trópico, plantíos de nuestro incomparable cacao, considerado el mejor del mundo, y del que exporta Venezuela 320.000 sacos anualmente, suceden a

las siembras de banano y plátanos, cuyos dorados racimos alcanzan una magnitud y peso tal, que el transporte de uno solo de ellos, requiere la fuerza de un hombre robusto.

Entre nuestros frutos menores, ocupan puesto prominente la *caraota* o judía *negra*, que junto con el pan de maíz y la *yuca* o *mañoco*, constituyen el alimento casi exclusivo de los campesinos venezolanos. El uso de esta última raíz nos viene de los indios, que la poseían antes del descubrimiento y que aún la tienen como base de su alimentación vegetal en toda la América tropical.

Y ya que hablamos de los primitivos habitantes de mi tierra, permitidme que os haga una breve relación de los orígenes y evolución de este importante elemento étnico.

Los indios que recibieron a Colón en nuestra costa oriental eran caribes, como era una parte de los que habitaban las pequeñas Antillas y algunas secciones de lo que hoy constituye nuestro territorio nacional. «Caraiba», que quiere decir extranjero, fué la voz con que los indios saludaron a sus blancos visitantes y de ella, o de la de *Caribisi* o *Galibí,* con que algunos se designaban a sí mismos, nació el gentilicio «Caribe», con que hoy distinguimos una familia lingüística ampliamente representada en nuestro continente meridional. La exploración de nuestra costa, continuada en 1499 por Alonso de Ojeda y Américo Vespucio, hizo conocer otros indios, antagónicos de los primeros, pertenecientes a la familia arauca y pobladores de habitaciones lacustres, o de pequeños pueblos levantados sobre estacas enclavadas dentro del agua y esta singular manera de construir fué la que sugirió a Vespucio su comparación con Venecia, la reina del Adriático. De ahí el nombre de Venezuela o pequeña Venecia con el cual se designó al principio la parte de nuestro territorio comprendida entre el Cabo Codera al Este y el Cabo de la Vela en

la península Guajira al Oeste y que más tarde se hizo extensivo a todo nuestro territorio.

¿Quiénes eran aquellos primitivos pobladores hallados en uno y otro extremo de nuestro país y qué relación guardaban entre sí?.

Los araucos representan el estrato étnico más antiguo no sólo de Venezuela, sino de toda la América meridional. Fueron pobladores de toda la inmensa hoya amazónica, de la del Orinoco, del Norte de Venezuela y de las pampas del Paraguay, al pie de los Andes bolivianos. Los caquetios, que los europeos encontraron en el litoral de Coro y en las islas de Curazao, Aruba y Bonaire, llamadas de los Gigantes, por las extraordinarias proporciones corporales de los indios, eran los más conspícuos representantes de aquella antigua población que había alcanzado cierto desarrollo cultural, como lo demuestran las colinas y terraplenes de tierra por ellos levantados en las pampas del Chaco paraguayo y boliviano y en las sabanas de Zamora y Portuguesa de nuestro propio país.

Su dominio se extendía hasta las altiplanicies de Cundinamarca en Colombia y por todo el cordón de las islas que forman las Antillas mayores y menores. Eran gentes de índole pacífica, de hábitos sedentarios y expertos agricultores, que constituían la casi totalidad de la población de Venezuela en el siglo XIV. Los datos históricos que nos hablan de su lengua y de su cultura se remontan a la época de los primeros descubridores, porque fueron araucos los indios que éstos hallaron al pisar por primera vez tierra americana en las islas Bahamas, Cuba y Haití. A fines del siglo XIV debió iniciarse el movimiento de los Caribes que vivían en el Brasil Central, hacia las regiones situadas al Norte. Eran estos hombres fuertes y audaces guerreros cuya marcha se convirtió en una sucesión de

triunfos sobre pueblos de índole pacífica, como eran los araucos, y de esta suerte después de conquistar las Guayanas y parte de Venezuela, extendieron su dominio sobre las Antillas menores, y ya habían comenzado a invadir las mayores, por la parte oriental de Haití, cuando arribaron las carabelas de Colón. Los Caribes eran, pues, gentes oriundas de la región selvática de los grandes ríos brasileros, que en aquellas regiones constituyen las únicas vías de comunicación. Hombres que vivían traficando sobre el agua en solicitud del diario sustento que obtenían de la pesca y la caza, que las orillas de sus ríos y caños ofrecíanles en abundancia; género de vida idéntico al que aún observan las tribus caribes y otras que viven en igual ambiente. No debieron estos hombres de la selva hallarse bien, donde aquellas condiciones faltaban y eso nos explica como en su marcha hacia el Norte, iban quedando rezagados grupos que se establecían en regiones, que como el Orinoco y sus afluentes, les brindaban condiciones de vida similares a las que habían abandonado, y cómo pasaban sin radicarse por las regiones áridas de nuestras estepas y por las montañas de Lara y Falcón, desprovistas de agua y vegetación. Donde quiera que hallaban las condiciones apetecidas, se establecían, y una vez dominada y colonizada la región, nuevos grupos emprendían la marcha hacia regiones desconocidas. Así se formaron las populosas parcialidades que dominaron las selvas y ríos del Oriente, desde Paria hasta Píritu (Chaymas, Cumanagotos, Tamanacos, etc.), las que poblaron los valles del Bajo-Tuy, que hoy llamamos Barlovento (Quiriquires), y los que en los valles montañosos de la Cordillera del Litoral defendieron sus hermosas tierras contra el invasor castellano con heroísmo y bizarría ejemplares (Caracas, Teques, Mariches, Meregotes, etc.) Los bosques que se dilatan entre

los ríos Yaracuy y Tocuyo, arterias navegables, como lo es también el Aroa que corre en medio de este trayecto,fué la región escogida por un grupo caribe que se denominaba Chipas o Ciparigotos, y esta Colonia debió ser la última estación, de donde se emprendió más tarde la conquista de las feraces tierras del Lago de Maracaibo, que hasta entonces, según toda probabilidad, eran del dominio de naciones araucas, quizás los mismos grupos que hoy demoran al Norte, y que los nuevos señores desalojaron y empujaron hacia las tierras pobres que ellos despreciaron. Su marcha debió efectuarse por las áridas comarcas de Barquisimeto y Carora, ocupadas por Caquetios, Gayones y Xaguas y su entrada a la hoya del Lago estaba trazada por la naturaleza en la depresión del Portillo de Carora, natural y fácil vía que conduce a San Timoteo y Tomoporo, cerca de la desembocadura del Motatán, en la famosa y ponderada provincia de Axuduara. Allí hallaron los conquistadores caribes cuanto podían exigir sus hábitos y tradiciones: abundancia de agua, vías navegables, tierras feraces, bosques inmensos poblados de cacería y un clima cálido, como el de su patria primitiva; en una palabra, el Paraíso terrenal. En estos sitios los sorprendieron los primeros conquistadores castellanos, radicados en la forma que hemos visto arriba, pero muy pronto debieron comprender que la llegada de los nuevos señores blancos era el comienzo de su ruina y la pérdida de su tranquilidad y libertad. El vergonzoso tráfico que se hizo con sus personas diezmó rápidamente el número de los indígenas y los que no fueron reducidos a encomiendas en las estribaciones de la Cordillera, y en las nacientes poblaciones del Lago, como Gibraltar, se refugiaron en los bosques de la orilla occidental y más tarde en la Sierra de Perijá, donde aún subsiste con el nombre de *Motilones* un reducido

número entre los ríos Catatumbo y Tarra y en los ríos Santa Ana y Apón, huyendo de la dudosa civilización que les ofrecen los blancos y defendiendo palmo a palmo el territorio que heredaron de sus mayores y que los exploradores y explotadores de yacimientos petrolíferos de uno y otro lado de la sierra, van estrechando día por día.

En el territorio de Venezuela hallaron, pues, los españoles, además de algunos grupos de poca importancia, una gran población del grupo arauco ubicada en el Alto Orinoco, Río Negro, El Casiquiare, El Meta, Los Llanos de Arauca, los de Apure, Zamora y Portuguesa, las costas de Coro, la Península Guajira y los valles de Aragua y observaron que estos mismos indios, que se distinguían por su índole pacífica y sedentaria, poblaban las Antillas mayores y alguna parte de las menores. En el Oriente de Venezuela, como también en gran parte de nuestra Guayana, en Barlovento y Caracas, en Carabobo y la región Sureste de Coro y en las costas meridionales del Lago de Maracaibo y sus ríos Zulia, Catatumbo y otros, vivían los belicosos Caribes. Desde luego advirtieron los europeos la diferencia no sólo de lenguas sino también de costumbres y hábitos entre ambos grupos, hasta el punto que de los caribes dijeron los primeros cronistas que eran «caníbales», llamándoles «indios flecheros» y diciendo que «consideraban a las demás naciones indígenas como sus esclavos y los trataban con desprecio y tiranía» (Oviedo y Baños), a lo cual agrega Caulin que eran de «espíritu ambulativo».

La lingüística comparada ha venido a comprobar el carácter de conquistadores de los indios del grupo caribe y de sus conclusiones se ha podido averiguar mucho de la historia, migraciones y relaciones de los aborígenes, en los tiempos prehistóricos, es decir, anteriores al descubri-

miento de América. Sin tiempo ni espacio para tratar aquí punto tan importante de nuestros orígenes, quiero, sin embargo, hacer algunas citas que os ilustrarán sobre esta materia.

En las Antillas menores observaron los europeos que los aborígenes poseían una doble lengua, o sea que el habla de los hombres era diferente de la que entre sí empleaban las mujeres. Estudiados los antiguos vocabularios anotados por los misioneros del siglo XVI y XVII los modernos lingüístas han encontrado que era caribe el idioma de los hombres y arauco el de las mujeres. Esta dualidad lingüística prueba desde luego que los caribes llegaron allí como conquistadores, deportando o matando a los hombres de la primitiva población arauca y conservando para sí las mujeres, las que hubieron de aprender la lengua de sus nuevos señores, pero siguieron usando entre sí la suya propia.

La más importante de las naciones del grupo arauco en el Occidente de Venezuela, son los Guajiros. Su lengua está íntimamente emparentada con el propio arowack o arauco de la Guayana británica, lo que indica o que este grupo se extendía desde la Guayana británica hasta la península Guajira o que los Guajiros vivían primitivamente en la Guayana y que, expulsados de allí por los Caribes, hubieron de radicarse en su actual territorio tras larga peregrinación.

La lingüística demuestra que esto último fué lo que aconteció en época anterior al descubrimiento. Los Guajiros se apellidan asimismo Guayú, que significa «nosotros». En el arowack de la Guayana inglesa existe esta misma voz con el mismo significado y la terminación «ana» para indicar tierra o sitio es corriente en las lenguas de este grupo. De esta suerte la voz geográfica Guayana podría derivarse

del guajiro como «nuestra tierra». También es muy singular que los Guajiros designen a los blancos, sus opresores seculares, con el nombre de *arijuna* y que sea esta misma voz, ligeramente modificada en *arecuna,* el nombre que lleva una de las tribus más guerreras y belicosas de la familia caribe en la Guayana venezolana. Si la etimología arriba citada de la voz Guayana, como equivalencia guajira de «nuestra tierra», permite la hipótesis de que los Guajiros sean oriundos de aquella región, sería muy explicable el que se hubiese conservado por tradición el nombre de los bravos arecunas, sus primeros conquistadores y enemigos encarnizados, como equivalencia de enemigo, intruso y finalmente extranjero.

De esta manera la lingüística comparada nos ofrece el único medio seguro para penetrar en el campo de la historia de los pueblos primitivos, que carecen de tradición escrita y sólo conservan la tradición oral, que se deforma, hasta borrarse al través de los tiempos.

IMP. M. CARMONA
VELÁZQUEZ NÚM. 11
TELÉF. 21570 SEVILLA

RP	AC	AE	AV	See over	S AC	S AV	Order No: 064 Nov 14 68	Acq. Dept., Library Univ. of North Carolina Chapel Hill, N. C. 27514

UNC ✓ No. Copies: XX
LC
IP

Author: Jahn, Alfredo, 1867-1940

CF
O
C
SR

Title: Aspecto Fisico y origenes Etnicos de Venezuela
Ed:
Vols:

Place, Publisher, Date: Sevilla, M. Carmona, 1929

Series: RESERVED

C
SR

Vendor: Libreria Sol

Init: IP

Dealer:

Cat No: 1968 Item No: 1202

Fund: HEW

Est. Price: 300 Ptas.

For Library: main

Approved By:

Recommended By:

Date Received: 7 FEB 69, 6 P

Copy Found:

Y-LC